



LEONARDO  
POLO

**RICOS Y POBRES  
IGUALDAD Y DESIGUALDAD**

C U A D E R N O S

EMPRESA Y HUMANISMO

I N S T I T U T O

11

## INDICE

---

1. La familia humana.
2. De la familia a la sociedad civil.
3. Justicia conmutativa y distributiva.
4. La descentralización.
5. La comunicación.
6. Conocimiento y trabajo.

Interpretaciones históricas del trabajo

Crisis de la sociedad industrial

La institucionalización social del saber

NOTA BIOGRAFICA

NOTAS

## 1. La familia humana.

El subtítulo de esta conferencia obedece a que, por lo común, se estima que riqueza y pobreza son conceptos opuestos correlativos. Según tal parecer, dado un nivel no excesivamente bajo de recursos, no habría ni pobres ni ricos si todos tuviesen lo mismo. Vistas las cosas así, la solución de los problemas que conlleva la distinción entre riqueza y pobreza es la igualdad. Pero, como dice el título de una comedia española, quizá lo mejor sería que no hubiera ni pobres ni ricos, sino todo lo contrario. Ahora bien, para lograr ese objetivo (por el momento, paradójico) la igualdad no sirve. Dicho de otro modo, la tesis que voy a sostener es ésta: la igualdad no es una solución para el problema de la pobreza porque tampoco lo es para el problema que plantea la riqueza; ambos problemas han de resolverse a la vez y globalmente en atención a que riqueza y pobreza no son opuestas, sino que cada una tiene un contrario que no es la otra.

La aclaración de la tesis que acabo de enunciar es el cometido de esta primera sección; algunas de las consecuencias que se siguen de ella se exponen en las secciones siguientes.

El asunto se agrava al entrar en escena la justicia: se considera que el que haya ricos y pobres no es justo. Naturalmente, los pobres serían los que sufren esa injusticia; para unos, en forma de opresión, de despojo o expropiación; es la denuncia marxista. En cambio, otros sostienen que los pobres lo son por su propia culpa; es la acusación liberal: el pobre es el perezoso. La pereza es un vicio muy grave a la que se enfrenta la laboriosidad, la aplicación austera, diligente, vigilante de la capacidad humana, desencantada de los halagos de este mundo y empeñada en dominarlo. Como es sabido, Max Weber sostiene que el capitalismo deriva del espíritu calvinista. El éxito en este mundo es una garantía del éxito en el otro, vinculada al esfuerzo y al desprecio hacia el mero sobrevivir sensual, al cual sucumbe, en cambio, la pobreza, forma de injusticia que se funda en la inercia carente de ambiciones. Por eso, el enriquecerse se enfoca como señal de predestinación. Algunos teólogos actuales le han dado la vuelta a este planteamiento, y afirman que prácticamente los ricos están condenados, pues el reino de Dios se reserva a los pobres; es la llamada opción total de los pobres. Pero se trata de unos pobres muy peculiares, enredados en una tarea de autorenunciación bastante parecida en su intención a la calvinista.

En suma, la pobreza y la riqueza tienen que ver con la injusticia en tanto que ser pobre es injusto; por culpa propia (postura calvinista y, secundariamente, liberal), o por culpa de estructuras impuestas por los productores de la injusticia: los que ya son ricos (postura supuestamente contraria).

Es evidente que las ideologías sociales, incluso las inquietudes de ciertos teólogos, entienden el problema de la pobreza y la riqueza desde un punto de vista común: admiten que los dos términos son correlativos. Ese punto de vista es superficial; empecemos a notar si consideramos el siguiente enunciado: sólo son injusticias aquellas desigualdades que no son ventajosas para todos. Esta es la expresión de Rolls, uno de los teóricos de la actual orientación socialista hacia el individualismo. Como se sabe, el liberalismo ha vuelto por sus fueros, sobre todo porque ha acertado a poner de manifiesto algunas disfunciones prácticas inherentes al socialismo. La fórmula de Rolls parece describir un óptimo en el sentido de Pareto, pues especula sobre una situación tal que su modificación no sería ventajosa para todos. Desde este planteamiento la justicia consistiría en aquellas desigualdades que son ventajosas para todos, y la injusticia en aquellas desigualdades que no lo son. Con

esto se rompe la apariencia de correlación y se sustituye por una consideración holística que es primaria y de la cual depende la correlación, cuyo sentido es homeostático.

El inconveniente de la fórmula citada es éste: el "para todos", es decir, su significado holístico, es estático (por eso es paretiana). El óptimo es una situación hipotética (por eso no cabe descartar exactamente que en una situación real no sea preferible un cambio sólo ventajoso para unos cuantos a costa de los demás). Pero, de todos modos, tiene el mérito de destacar un hecho cierto, a saber, que la desigualdad funcional está de acuerdo con la naturaleza humana. Si el núcleo de la pobreza estriba en la no utilización de las propias energías, si consiste en el desempleo de las capacidades humanas, entonces la igualdad es un objetivo erróneo. No hace falta ser liberal para verlo: el ejercicio justo de las capacidades humanas tiene como condición primaria que esas capacidades se utilicen a fondo, que no queden inéditas. Por tanto, es claro también que la búsqueda de la igualdad funcional empobrece (es injusta). Para ser iguales habríamos de reducirnos a átomos aislados, a puros individuos; en ese caso, cada uno es un todo no perfectible. El individualismo radical es el igualitarismo radical; y al contrario: el

igualitarismo radical no se puede sostener sino en forma de individualismo radical. Pero la tesis individualista estricta ignora el desarrollo de las capacidades humanas y forja un tipo imaginario que sustituye al hombre real. La imagen del hombre perfecto en soledad es falsa en todos los sentidos. Primero, porque no es cierto que existan individuos humanos completamente aislados. Segundo, porque para el hombre la soledad es mala, la más empobrecedora de las situaciones que pueden acaecerle. La figura de Robinson Crusoe es una ficción. Además, Robinson Crusoe presupone una vida social anterior.

De las relaciones humanas surge la desigualdad, y al revés. En su forma más elemental la desigualdad humana es funcional. En la práctica el hombre es social en términos de división del trabajo.

No se trata de una situación hipotética. Sin más, el hombre se proyecta socialmente en funciones distintas.

Estado social humano y desigualdad son lo mismo: no cabe hombre social sin desigualdad, porque no cabe sociedad sin división del trabajo (otra cuestión son las remuneraciones; repito: es otra cuestión). Si la distinción está situada en el seno mismo del carácter social del hombre y si ese carácter es natural, queda

demostrada la tesis de que la desigualdad es ventajosa para todos en términos dinámicos precisamente (no homeostáticos ni en hipótesis), o bien que es posible formular un óptimo dinámico de acuerdo con el cual la expresión "ni pobres ni ricos, sino todo lo contrario" deja de ser una paradoja.

Paralelamente, la igualdad equivale al individualismo radical, el cual se corresponde, como es obvio, con el colectivismo radical. La consideración colectiva uniforme de la sociedad y la consideración de cada hombre como un individuo aislado se reclaman. Es el famoso binomio individuo-Estado cuya base es la teoría del origen contractual de la sociedad. Esta teoría es un mero equívoco. El hombre es social por naturaleza. Sin sociedad no hay posibilidad de vínculo contractual.

Ahora conviene mostrar que la división del trabajo es tan primaria como la sociedad misma, es decir, que no cabe sociedad sin división del trabajo, o bien, que la división del trabajo no acontece históricamente a partir de una situación social anterior en la que no existiese. Por eso mismo, la división del trabajo no está llamada a desaparecer en una culminación de la historia. Frente a las conjeturas fantásticas sobre el origen de la sociedad y frente al irrealismo de la utopía, se ha de sos-

tener que la división del trabajo no es una fase histórica antecedida o seguida por otras fases en que no se dé, y que cualquier atenuación de ella, en vez de conducir a la humanidad hacia más altas cotas, deprime el ejercicio de sus capacidades.

Para centrar la cuestión voy a referirme a Marx.. Marx sostiene que el origen de la división del trabajo no coincide con el de la sociedad humana, sino que acontece en la historia. En este punto acepta algunas ideas de un antropólogo cultural que se llama Lewis H. Morgan. Según Morgan, en su primera fase la sociedad humana tiene la forma de horda: promiscuidad, comunidad de hijos, labilidad estructural, de asentamiento y técnica, agrupamientos dispersos. Esta sería la situación primitiva, y sólo en el curso de la consolidación de las transacciones, y de acuerdo con una evolución de las relaciones de producción, aparecería y progresivamente se complicaría la división del trabajo. Tal explicación es sumamente rudimentaria. El planteamiento actual del problema concede especial atención a la diferencia del hombre respecto de los primates. Desde el punto de vista evolucionista lo que ha de explicarse es la diferencia entre el proceso de hominización y el proceso que se detiene en los primates superiores, o que lleva

al mono. Pues bien, la diferencia estriba en la monogamia, esto es, en la aparición de la familia, en la estabilización de los lazos de un macho y una hembra en torno al cuidado de la prole. Como es claro, la estabilidad del nexo familiar no es la horda. La horda es justamente el modo de agrupación de los monos, que es incompatible con el proceso de hominización.

Así pues, la familia monogámica y la hominización son solidarios. La sociedad familiar no sólo es natural al hombre, sino que sin ella el hombre no puede llegar a existir. Una cierta forma de sociedad está ligada al origen del fenómeno humano mismo; por un lado, hay que decir que el hombre desde su humanidad constituye la familia (es una relación de causa a efecto); por otro lado, si no se constituye la familia, un primate no alcanza a ser hombre (es una relación estructural). Este planteamiento refuerza, como es claro, lo que la iglesia católica ha sostenido siempre, a saber, que la familia es la institución social básica, que es de derecho natural y el matrimonio monogámico. También es claro que la organización familiar da lugar a la división del trabajo en su forma más primaria.

Algunos biólogos americanos<sup>1</sup> sostienen que la reproducción de los primates puede seguir dos estrategias: una que se aproxima a

lo que llaman estrategia R2. La otra se denomina estrategia K3. La estrategia cercana a R predomina en el primate que se queda en mono; la estrategia K es la que conduce a la hominización. La estrategia R está caracterizada por la ausencia de relación estable del macho con la hembra, o sea, por la inexistencia de la familia. Es la horda (o un banco de peces). En cambio, la estrategia K está basada en la estabilidad de las relaciones familiares. Como ya he indicado, estos biólogos no construyen una argumentación con las categorías de causa y efecto, sino, más bien, una argumentación de tipo sistemático, es decir, formulan una idea central que es muy potente para coordinar datos: por ejemplo, la diferenciación entre las funciones de las extremidades inferiores y superiores (el bipedismo), evolutivamente sólo es explicable en los primates vinculado a la función de agente nutricional de la prole, lo que implica que, a su vez, la hembra se dedica al cuidado próximo de la prole. Es decir, cuando el macho se hace recolector adopta la posición bípeda y esto por una razón muy sencilla: necesita las manos para recoger y llevar el alimento a su familia. Esta dedicación estable del macho a la satisfacción de las necesidades del grupo familiar lleva consigo la

monogamia. Si no es así (estrategia R), la hembra no tiene más remedio que buscar por su propia cuenta su alimento y el de su hijo, el cual ha de acompañarla en su correteo más o menos arbóreo. El traqueteo que este deambular supone, produciría en el niño lesiones cerebrales irreparables (en rigor, es incompatible con el cráneo infantil humano y, por tanto, también en su desarrollo cerebral), y requeriría una habilidad refleja para agarrarse al cuerpo peludo de la madre (rasgos ausentes en la especie humana). En estas condiciones el bipedismo, hecho anatómico fundamental en la hominización, es irrelevante o imposible. También lo es el largo crecimiento humano. El hombre necesita mucho tiempo para poder valerse por sí mismo lo que, por otro lado, permite un aprendizaje acumulable. El progreso está estrictamente relacionado con el cuidado de la prole, porque sólo en un ser que para llegar a valerse necesita muchos años de vida extrauterina es posible la adquisición de la cultura. En la ilustración biológica de esta idea hay abundantes aspectos (por ejemplo, el dimorfismo sexual humano, etc.) que voy a omitir. Todos ellos pueden relacionarse con la monogamia en orden a la procreación y la educación de la prole.

Con esto se refuta (desde una perspectiva también evolucionista) la postura de Morgan-Marx, puesto que no cabe sostener que el hombre llegue a serlo si se comporta socialmente como un mono.

La familia puede definirse como forma social inherente a la hominización. La división primaria del trabajo es la consecuencia dinámica de la estructura familiar. La familia desarrolla funciones de colaboración que se distinguen en virtud de una subsituación que es la infancia humana. Esa subsituación requiere cuidado y formación: es un vector temporal ascendente que distingue las funciones de colaboración entre el padre y la madre según un criterio de proximidad. La función de cuidado más próxima es, por lo mismo, incapaz del acopio de recursos para la subsistencia y sólo es posible si el otro miembro se ocupa de ello. Por tanto, decir que el matrimonio monógamo es la estructura básica de la sociedad inherente a la hominización, es lo mismo que decir que la división del trabajo es natural al hombre social.

Con esto no se excluyen tipos de conducta humanos que se aproximan a la estrategia R, pero precisamente son estos tipos los que surgen en el transcurso de la historia, no en su inicio.

Resumiendo lo dicho hasta el momento, si lo que llaman los biólogos proceso de hominización es inseparable de la estrategia K, (desde el punto de vista del filósofo, la estrategia K no es una explicación suficiente -ontológica del hombre; se trata de una correlación que esclarece el proceso en que la intervención directa de Dios crea el alma humana. Supuesta la evolución, no parece que la creación del alma incida en la estrategia del simio), también es claro que la división del trabajo está vinculada al hombre desde su origen. Lo importante es que se pueden describir con suficiente detalle dos maneras netamente diferentes de convivir: un modo de convivir que, como hemos indicado, lleva al mono; otro modo de convivir que es propio del hombre (u hominizante).

Desde el punto de vista de la riqueza y la pobreza, que es el que interesa aquí, conviene observar que en la desigualdad funcional de la familia, todos son pobres y todos son ricos. La mujer que se dedica a cuidar del hijo sin tomar parte en la tarea recolectora del hombre, depende de él en el sentido de que ella no puede cumplir su función si el hombre no cumple la suya. Pero, a su vez, el hombre no podría trabajar si no ha sido educado de tal modo que no haya adquirido un saber

práctico. El *homo faber* no puede surgir sin ser objeto en su infancia de ese cuidado que se corresponde con la hiperformalización cerebral, imposible en el caso de la conducta arborícola y recolectora de la hembra, y sin la diferenciación de las manos. Por tanto, la dedicación de la madre es un factor requerido por la maduración del hombre. Es evidente que el hijo depende de la madre y que la madre y el hijo dependen del padre, pero esa dependencia, por otra parte, pone enteramente al padre a su servicio. Claro está también que con el peso de la edad el padre llega a ser dependiente (el padre viejo tendrá que ser cuidado por el hijo hecho adulto), lo cual indica que la relación entre las generaciones se establece en la forma de intercambios de dependencia que no significan en modo alguno ruptura de comunicación, de colaboración. Ahora se comprende que la injusticia consistente en aquellas desigualdades que no son ventajosas para todos, aparece cuando se olvidan o se desaprovechan las desigualdades que son ventajosas para todos; aquí "para todos" indica que son ventajosas para el hombre en cuanto tal. Si la estructura básica de la división del trabajo se mantiene, el hombre puede progresar sin que haya ricos ni pobres, sino todo lo contrario. Si se destruyen las funciones de colaboración que implican dependencia y, por lo tanto, desi-

gualdad, se destruye la familia. La valoración de esas relaciones de dependencia y de colaboración como ofensivas o lesivas, deriva del prurito de autonomía del individualismo. Según ese prurito cada uno debe ser autosuficiente. Pero un marido autosuficiente es un individuo que entiende que a la madre y al hijo los alimenta el Estado, o una institución de beneficencia, no él, porque él se dedica a lo suyo. Si, a su vez, la mujer también quiere ser autosuficiente, descuida a sus hijos. Y si el niño también se considera autosuficiente, se aísla de sus padres. El resultado de ello es la aproximación a la horda: la separación conyugal, la quiebra de las relaciones paterno-filiales, las bandas de niños contestatarios, etc.

Estas cosas están sucediendo en los últimos tiempos debido a la invasión del ámbito familiar por los criterios de igualdad funcional imperantes en la sociedad civil. Se ha debilitado la percepción del valor comunitario de la distinción de funciones vivida como colaboración; hoy se percibe más bien lo que tiene de dependencia. Pero si se parte de la disgregación de intereses, la dependencia es un factor negativo y las distintas actividades son amenazadas por la denegación de concurso. Dicha amenaza es tanto mayor cuanto más intensa es la interdependencia. En lo que a la

familia respecta, malo es que el marido o la mujer se desentiendan de sus tareas (malo es el divorcio, el aborto, etc.). Pero el engaño más profundo es la autosuficiencia del joven: si se generaliza, se produce inexorablemente un descenso de civilización y de cultura. Un niño autosuficiente es un vector temporal de crecimiento anulado. Dicha anulación deja como residuo una juventud desocupada, que vive a la deriva, refractaria a la disciplina moral e intelectual, y cuyos rasgos psicológicos, centrados en una afectividad masiva, dan lugar a agrupamientos vacíos de estrategia humanizante.

## 2. De la familia a la sociedad civil.

Sentada la tesis acerca de la irrelevancia de la igualdad para la solución de los problemas que plantean la riqueza y la pobreza, hemos de pasar ahora del orden familiar al de la sociedad civil y económica, que es más amplia que la familia. También en ella se da la división del trabajo, e incluso con mayor complejidad que en la familia. Con todo, la familia es la sociedad fundamental, por cuanto que el crecimiento del hijo, el cuidado de la madre y el acopio de recursos a cargo del padre son funciones básicas. Así lo entiende también el libro

de Gilder. *Riqueza y pobreza*. El autor parece estar de acuerdo con los biólogos que consideran la familia como estrategia evolutiva, si bien el libro trata la cuestión en otro nivel. Al determinar las causas de la pobreza de los negros en Norteamérica, Gilder señala que se produce en aquellos niveles de renta en que las ayudas familiares son más que competitivas con el trabajo. En estos niveles los hombres negros trabajan con menos ardor que los blancos, lo cual "no se debe a indolencia, sino a que estos hombres carecen de la motivación que dan las exigencias familiares y de la fuerza que proporciona el apoyo de la esposa". "Las familias a cargo de una mujer son cosa común entre los negros pobres". Por eso se arguye que "el mejor modo de ayuda es ayudar a sus madres (...) se alega que las mujeres negras sufren una doble discriminación, a la vez racista y sexista. Pero en tanto se mantenga este argumento, la pobreza negra persistirá inevitablemente...". Incluso los sociólogos feministas coinciden en que el efecto de independencia que producen los altos ingresos de la mujeres una causa importante de la ruptura familiar entre los hombres de todas las razas y niveles de educación. Los psicólogos señalan que el padre es imprescindible para la educación del hijo porque la educación paterna es innovadora: la madre cuando cuida al hijo no

juega con él; pero el padre sí. El juego es un modo de plantear problemas al que el niño responde con iniciativa. Gilder sigue diciendo que es preciso tener más en cuenta la agresividad, la competitividad y los deseos de triunfar del hombre. "Estas cualidades han sido siempre el mejor capital de los hombres de clase baja en su lucha por prosperar". El intento de resolver los problemas de alimentación, de acopio de recursos de la mujer, por parte de instituciones sociales, suplanta la función del padre. Las correlaciones son muy claras: la mujer se independiza del hombre cuando no necesita de él para subsistir, y ello acontece, en términos globales, sobre todo en las clases pobres, cuando son subsidiadas. El subsidio es una manera de extender la igualdad social, de remediar las injusticias que se producen por escaseces; pero, a la larga, no resuelve el problema, sino que lo agrava.

En suma, el progresar está vinculado al mantenimiento de la estructura familiar entera. Una manera de atentar contra ella es intentar suplir la función aprovisionante del hombre, y no porque las mujeres trabajen, sino mediante subsidio, es decir, por suplencia estatal, la cual, a su vez, está fundada en la ideología igualitaria. Pero este procedimiento, en el fondo, no remedia nada, sino que condena al pobre a ser

pobre siempre. Esta idea de Gilder es una prueba a contrario de que la sociedad familiar implica la división del trabajo. Como la familia es una institución social natural y primaria, la intervención estatal es arbitraria y artificial. Con ella se fomenta la crisis familiar y el empobrecimiento. Una familia pobre subsidiada, aunque resulte incómodo aceptarlo, no puede dejar de ser pobre porque su dinámica funcional se paraliza al debilitarse su propia estructura.

Sin duda, las desigualdades se convierten en injustas cuando no son ventajosas para todos, es decir, cuando la necesidad de dividir el trabajo no va acompañada por la colaboración. También es indudable que la división del trabajo da lugar con frecuencia a rupturas sociales, a escisiones. Ello acontece sobre todo en el ámbito de la sociedad civil. Entonces se percibe la desigualdad como carente de justificación. Sin embargo, ni siquiera entonces la igualdad funcional es una solución (en rigor, tampoco es posible). Asimismo, es entonces cuando aparecen la riqueza y la pobreza como relativos opuestos. En una familia normal no hay ni pobres ni ricos, sino todo lo contrario, como decía el título de aquella obra que mencioné. Ni la mujer es rica, ni el hijo es rico, ni lo

es el padre. Pero, a la vez, ninguno es pobre, sino que todos colaboran.

Por tanto, lo correcto es sostener: Primero, que la división del trabajo es exigida por la humanidad en su origen y en su progreso histórico. Segundo, que su justificación está en la coordinación y en la colaboración. Tercero, que la división del trabajo, cuyo primer ámbito es la familia, se extiende desde ella a la sociedad civil. Cuarto, que en esa extensión puede hacerse problemática.

Quinto, que esa problematicidad sugiere como solución el igualitarismo. Ahora bien, si el igualitarismo se introduce en la familia, la destruye. Sexto, por consiguiente es más atinado tratar de averiguar de qué modo cabe lograr la colaboración en la extensión de la división del trabajo a la sociedad civil, que tratar de implantar una homogeneidad que es ilusoria y anti-funcional, sobre todo en el plano básico de la familia. En especial hay que tener en cuenta que la crisis de la función educadora de los padres da lugar a una juventud sin impulso, y, por tanto, a una previsible degradación del futuro.

Así pues, el asunto del que vamos a ocuparnos es el siguiente: ¿de qué manera las relaciones sociales en general pueden basarse en la cooperación?. La dificultad del asunto

estriba en que, aunque la familia es la forma primaria de sociedad, la división del trabajo en la sociedad civil parece ser de otra índole: sus sujetos son, por lo común, los agentes proveedores de la familia. Por eso, en principio, tales relaciones parecen requerir la existencia de excedentes y carencias correlativas, esto es, un régimen de intercambios de productos en que las asociaciones apenas cuentan. Pero en los intercambios de cosas el criterio de justicia es la igualdad -justicia conmutativa-. Además, el trueque no es la colaboración, el poner en común, sino una operación formalmente transitiva consumada en su misma reciprocidad, una combinatoria compensada en forma homeostática, y cuyo conectivo es el dinero. De aquí arranca la distinción entre valor de cambio y valor de uso: el uso es externo al cambio, el cual, a su vez, se consolida en virtud del precio. Claro es, por otra parte, que la división del trabajo en la sociedad civil da lugar a asociaciones que agrupan a los especializados en tareas semejantes (por ejemplo, los sindicatos). Pero estas asociaciones no aseguran la colaboración, pues se dedican a la protección de intereses o de privilegios adquiridos. Las relaciones de colaboración, cuyo prototipo es la familia, han de buscarse estudiando el carácter central que tiene la comunicación en la sociedad humana. El lenguaje, no

el dinero, es el conectivo social que asegura que la división del trabajo no derive hacia la división entre los seres humanos.

#### PREGUNTAS

– Riqueza y pobreza dependen de ganancias desiguales, lo que puede y, a veces, debe ser revisado.

R: Estoy hablando de la desigualdad en su sentido elemental que no consiste en que unos ganen más y otros menos (desigualdad discutible), sino en la dedicación a tareas diferentes. Esa desigualdad es la división del trabajo o de funciones que se justifican por su complementariedad; por otra parte, es exigida por la naturaleza del hombre, pues sin división del trabajo sólo son posibles los monos. La desigualdad a que me refiero se contrapone, por ejemplo, al lema de la Revolución francesa (igualdad, fraternidad, libertad). Es un lema incoherente porque si hay igualdad, no hay fraternidad y tampoco maternidad ni paternidad, etc. La igualdad tampoco produce libertad, sino que para mantenerse necesita grupos de presión. Los hombres no deben distinguirse en ricos y pobres, pero sí por sus funciones. Si la noción de igualdad se postula en general, la desigualdad aparece como un valor negativo, retrógrado. Eso es falso; lo retrógrado es la igualdad, porque la igualdad es el atomismo.

– Ante Dios todos los hombres son iguales.

R: Esto es otra cuestión. Dios no hace acepción de personas, pero sí juzga según las obras. Todos somos hijos de Dios y el que cumple las funciones que nosotros consideramos más humildes, posiblemente es más amado por Dios que el que realiza otras de más importancia según nuestros puntos de vista. Por eso dije en otra ocasión que conviene hacer una oda a la croqueta. Dios juega con criterios distintos de los nuestros; nosotros distinguimos a los hombres por su trabajo y estimamos que hay trabajos que justifican mayores sueldos o que implican mayor categoría social.

– Podría evitarse la palabra “desigualdad”, que es demasiado polémica y sociológicamente no muy exacta, relativa.

R: De acuerdo. He empleado el término desigualdad, pero podemos hablar de diferencias. El término desigualdad es matemático, abstracto. La división del trabajo no es desigualdad de trabajo, sino diferencia de trabajos. ¿Es inferior la función de la madre a la del padre?. No: ambas se vinculan por el servicio a los hijos.

### 3. Justicia conmutativa y distributiva.

Las líneas que considero básicas para la exposición de la riqueza y la pobreza con vistas a la superación de los problemas que plantea su correlación dialéctica, están inscritas en la propia naturaleza humana. Es de ley natural que el hombre desarrolle diversas actividades en colaboración. El hombre es naturalmente social y en la sociedad se da originariamente la división del trabajo. La palabra división, al igual que el término desigualdad, que utilicé siguiendo a Rolls, expresa la distribución del trabajo como una asunción no exclusiva, pero sí predominante, de funciones distintas por agentes distintos. Como argumento a favor de este planteamiento utilicé algunas ideas de biólogos evolucionistas que intentan explicar el proceso de hominización. La estrategia que lleva al mono desconoce la familia y, por tanto, la especialización de funciones. En cambio, la estrategia humanizante consiste, justamente, en que el macho se encarga de la hembra y de la cría y, de este modo, se vincula a ellos de manera estable. Ello permite explicar sistemáticamente una serie de caracteres anatómicos y fisiológicos propios del hombre, así como la posibilidad del largo proceso de educación que se requiere tras su prematuro nacimiento. Con esto deseamos el planteamiento según el

cual la división del trabajo es un acontecimiento que aparece a lo largo de la historia humana, pero no en su base. Por lo mismo, dicho planteamiento propugna como finalidad de la historia, o como sociedad más perfecta, la superación de la división del trabajo.

La pretensión de superar la división del trabajo es tan errónea como la tesis en torno al origen. La hominización es incompatible con la horda.

A su vez, de la educación depende el progreso histórico. Cuanto mayor es el número de conocimientos y el avance técnico, más tiempo necesita el hombre para educarse, es decir, para ponerse en condiciones de viabilidad y eficacia social. Por tanto, en definitiva, el progreso histórico viene a continuar y a complicar la estrategia primordial. La diferenciación funcional en aras del cuidado educacional muy prolongado de la generación siguiente exige la institución familiar como base.

En esa situación no hay ni ricos ni pobres, sino todo lo contrario. El niño es pobre en un cierto sentido; si se le deja sólo, se muere, etc., porque carece de capacidad para lograr recursos materiales, y su viabilidad es precaria, pero eso mismo es condición para crecer y alcanzar un alto nivel de rendimiento a través del cuidado y de la educación. Si el niño estu-

viere ya especificado, si fuera capaz de valerse por sí mismo al poco tiempo de nacer, su educación sería muy escasa y el progreso nulo; esto es lo que ocurre en las especies animales en las que, salvo mutaciones genéticas, apenas hay cambio. La especie humana, sin necesidad de mutaciones genéticas. progresa.

El progreso histórico es una proyección de la división del trabajo en asociaciones humanas más amplias que la familia, su prolongación en formas más complejas, más netas también, que suponen una dedicación más especializada de los miembros familiares adultos. La sociedad civil está también fundamentada en la división del trabajo y expresa su acentuamiento.

También en este punto el análisis marxista está equivocado: no es verdad que haya una reducción de clases (si se entiende por clase una categoría social que refleja la división del trabajo; el conjunto de individuos definido por una función particular y homogénea dentro de las estructuras de producción que se dan en cada momento histórico). No hay reducción de clases ni se da, históricamente, la oposición extrema entre dos de ellas: capitalistas y proletarios, después de la cual vendría la sociedad sin clases. Para Marx la sociedad sin clases supera la especialización del trabajo (la clase capitalista, como consecuencia de las anti-

nomias propias de la acumulación de capital fijo, desaparecerá y será seguida por una humanidad genérica cuyos miembros no se diversificarán por sus funciones y serán capaces de todas). Pues bien, ocurre justamente al revés: a medida que avanza la historia más tipos de trabajo hay. Así, la sociedad actual es el escenario de una sectorialización cada vez mayor (Helmut Schelsky), en la que los intentos de organización según clases fracasan; estamos en plena crisis sindical, por ejemplo, porque cada vez es más difícil coordinar los intereses de los obreros según la idea de unidad de clase.

Esta idea es recogida hoy por muchos sociólogos, incluso marxistas (en sentido genérico). No solamente no se ha producido la simplificación de la sociedad, sino que, al revés, ha acontecido su complejización. La división del trabajo no se ha atenuado. Agrupar el trabajo bajo una rúbrica común (el proletariado) exclusivamente por oposición al capitalismo, comporta confundir oficios diferentes.

En cualquier caso, la proyección agigantada de la especialización fuera de la familia, en lo que se denomina sociedad civil, con todas sus ventajas, plantea el gran problema de la colaboración. Hay que organizar la división del trabajo de manera que se mantenga la unidad

de fines; si no se mantiene, aparece la oposición de los grupos humanos (llámense clases o como se quiera): la especialización del trabajo acompañada de la división social. Ahora bien, si la sociedad civil es la proyección agigantada de la división del trabajo transformada en especialización, es claro que exige la permuta. De aquí concluyen algunos que la red de intercambios es la estructura misma de la sociedad. Asimismo, en la red de intercambios se puede producir la diferencia entre ricos y pobres. Si a uno le dan poco por lo que produce, es decir, si en los intercambios no rige la regla de igualdad que se llama justicia conmutativa (tanto das, tanto recibes a cambio; el valor de lo que das tiene que ser igual al valor de lo que recibes), la pobreza y la riqueza se hacen situaciones correlativas. Por lo mismo, sería preciso evitar los enriquecimientos excesivos. Habría que asegurar la justicia conmutativa en todos los casos y restablecerla siempre que se conculque.

A mi modo de ver, este planteamiento es muy corto. Es decir, si efectivamente la sociedad consiste en la relación entre los productores especializados o, con otras palabras, si el conectivo de las especializaciones sociales superiores a las familiares, es el intercambio, pretender que éste no dé lugar a enriqueci-

mientos y empobrecimientos (asegurar la justicia conmutativa en general) es una vana esperanza. Si nos atenemos al planteamiento, nos encontramos con un problema insoluble: siempre habrá ricos y pobres y no hay manera de evitarlo. ¿Por qué?. Porque no se puede establecer con exactitud la justicia conmutativa en general. Esto es muy claro: basta una situación de monopolio, o una mayor capacidad de resistencia de unos cuantos, para situar a otros en la necesidad de pagar lo que se pida. Pero la dificultad es todavía mayor, por lo cual tratar de ponerle remedio induce a medidas forzadas.

Insisto. Si el elemento conectivo es exclusivamente el intercambio, entonces la riqueza y la pobreza son inevitables. Aquella situación familiar, en la que, decíamos, no hay ni ricos ni pobres, sino todo lo contrario, se transforma en otra situación en la que hay, sin remedio, pobres y ricos, precisamente por fiarlo todo a la igualdad en los trueques. Hay que decir ahora que la justicia conmutativa no es toda la justicia. Si lo confiamos todo a ella, apostamos por una igualdad completa que es quimérica: ¿es verdad, pongamos, que un kg. de pan vale tanto como una décima de res?, ¿es verdad que un paquete de cigarrillos vale el doble que un kilo de pan?: ¿quién puede saberlo?. Si

alguien alegara el criterio de escasez relativa, se remitiría al monopolio. Pero, además, la escasez es muy variable, con lo que la igualdad en el intercambio es cuestión de azar o de astucia: por ejemplo, que alguien haya tenido la previsión de hacer un acopio de ciertos bienes; puede entonces demorar la venta de su propio producto y provocar su escasez. Aquí se nota una clara desigualdad: coyunturas, mayor o menor talento para el cálculo, etc.

En suma, a mi modo de ver la noción de justicia conmutativa, es decir, la igualdad (?) en el dar y recibir cosas, no asegura la justicia social; el intercambio de productos es muy ventajoso, pero no asegura que no haya ricos y pobres y que los pobres no sean siempre pobres; más bien al revés, hay tantas quiebras en los intercambios, provocadas o naturales, que las situaciones de pobreza y riqueza tienden a acentuarse (aunque cambien los sujetos de una a otra situación). Adam Smith hizo notar que sin intercambio la división del trabajo social es imposible. Sin embargo, la esencia de las conexiones sociales entre los productores especializados rebasa la compraventa. Si existe la posibilidad de establecer un criterio de igualdad según la justicia conmutativa se da en el nivel del intercambio. Pero hay conexiones sociales superiores, y también más estrechas e intensas.

Por esta razón, el sistema de colaboración, el encuentro para fines comunes (conviene emplear la expresión clásica "bien común"), no se limita a la justicia conmutativa.

Intentaré aclarar este último aserto. El examen de las relaciones familiares ponía de manifiesto la existencia de una división de funciones que están al servicio del niño. Si aplicamos la noción marxiana de expropiación a las relaciones familiares, resultaría que el padre es expropiado al entregar lo que produce a los otros miembros de la familia. Por lo mismo, si la expropiación acontece en la historia, al principio no existe organización familiar y al final se da la sociedad sin clases. Por eso sostengo que el liberalismo y el marxismo, el atomismo individualista y el colectivismo, no son antitéticos, sino que parten de supuestos comunes. Tales supuestos significan una errónea interpretación de la naturaleza social del hombre. El error es un recorte, una limitación que consiste en ver en la dinámica de las relaciones humanas un objetivo único que es el trueque al servicio de las necesidades o el egoísmo del individuo. Se intenta hacer compatibles la autosuficiencia y la subvención de necesidades que se logra en mayor escala con la especialización (el hombre politécnico de Marx supone la paralización de la capitali-

zación). Es cierto que sin intercambios los excedentes a que da lugar la división del trabajo social no tendrían sentido. Si lo que a uno le sobra, justamente porque se ha especializado en hacer eso, no lo puede cambiar por lo que le sobra al otro, que también se ha especializado, la división del trabajo sería inútil. Pero la cooperación de los agentes sociales especializados no estriba en el intercambio, y es un error de Smith el no haberlo señalado. Sin cooperación reina el egoísmo y las relaciones sociales tienden a ser un juego de suma cero (para que unos ganen otros tienen que perder). Es patente que las relaciones familiares no son un juego de suma cero. Así, aunque el hombre entregue toda su ganancia a la mujer para el sustento suyo y del hijo, ello no significa una pérdida para él, porque de esta manera también gana: gana humanidad, destina su esfuerzo a su fin más propio, a lo que justifica su hacer. Y esto es la justicia más profunda: no la justicia conmutativa, sino la justicia distributiva. Cumplir la propia tarea como un deber es la forma básica de justicia. Hacer lo que se hace como y porque se debe inviste al hacer de su justificación primordial: la tarea realizada es un *encargo*, cuya encomienda se identifica con la propia capacidad. Hacerse cargo de un encargo señala la dignidad, el mérito en virtud del cual el ejercicio

de la actividad no es caprichoso y contingente, sino oportuno, beneficioso e insoslayable - debido-. El hombre no puede renunciar a esta calificación de su actuar.

Así pues, conviene decir que la justicia distributiva garantiza lo que se suele llamar el bien común, esto es, que el juego de los esfuerzos humanos en la sociedad sea un bien para todos. Esta garantía es más profunda que el nivel de los intercambios y previa a él (es el valor intrínseco de la acción). Ciertamente, el intercambio es una condición de posibilidad de la división del trabajo social, y también es cierto que implica una mutua ventaja (si no la hubiese en principio, no habría intercambio), pero no es la culminación de la conexión social. Tratar de resolver los problemas sociales, por ejemplo, la diferencia entre ricos y pobres, limitándose a asegurar la igualdad (por ejemplo, mediante redistribuciones de renta), es pura miopía.

Veamos qué significa la política de redistribución de renta. Supuesta una quiebra de la justicia conmutativa, es decir, el enriquecimiento de unos y el empobrecimiento correlativo de otros, una instancia distinta, que sería el Estado, procede a una compensación. La compensación se logra quitando a unos cuantos la parte excesiva de sus ganancias y

dándose a otros. De esta manera el Estado se erige en el remediador de la falta de justicia porque restablece la igualdad social. Pero asegurar la igualdad social de esta forma tiene sentido en la misma medida en que es inevitable el desequilibrio del sistema de contra prestaciones entendido como conectivo de la división del trabajo. Ahora bien, como hay conectivos más fuertes, el asunto no está todo ahí. Además, la masa de impuestos requerida por la redistribución aumenta de tal manera que viene a ser determinante de la actividad económica e invade todas las áreas sociales. Ello indica una clara contradicción del intento estatista de poner remedio a los fallos de justicia conmutativa que se aprecian en las diferencias de renta: por un lado, no se abandona la postura que entiende el intercambio como el principal conectivo social; por otro lado, dicho conectivo se sustituye y se debilita con la política de redistribución. Hay una alternancia temporal: el que se ha enriquecido en un tiempo, es expropiado en otro momento por el Estado. Dicha alternancia tiene sentido en algunos casos o en alguna medida, pero ni sirve para todos los casos ni es la única medida. Más aún, con ella se logra, a lo más, un equilibrio estático y casi siempre una regresión, pues si los enriquecimientos y empobrecimientos relativos producidos en los inter-

cambios se remedian mediante una compensación sobreañadida, se hace más caro el régimen funcional de la sociedad y no se añade nada.

El modelo familiar es ajeno a este tipo de equilibrios, pues contiene un vector temporal de progreso que justifica la diferenciación de funciones: precisamente, la educación de la prole. Tener hijos y educarlos es ir a más. En cambio, acudir a la redistribución como compensación del mal funcionamiento de la justicia conmutativa en su plano mismo, requiere un factor complementario que es un lastre, y conduce a la paralización social. La crítica que hacen los fried-manianos, esos liberales que se han dado cuenta de que actualmente hay demasiado Estado, es una crítica certera, pero no va acompañada, tal como ellos la proponen, de una averiguación suficiente acerca de aquellos ámbitos de cooperación que son distintos de] puro intercambiar. El intervencionismo estatal frena la economía, emplea una enorme burocracia, es muy caro y no ataca el problema en su núcleo. A mi modo de ver, lo peor del intervencionismo estatal es la burocracia, anticuado e ineficaz sistema de control. Si el sistema nervioso humano, que es el controlador del organismo, funcionara como una burocracia, gastarían gran parte de la energía

que el hombre consigue al nutrirse, y sería antifuncional para el cuerpo; justamente, el valor de un sistema de control es inseparable de la energía que gasta. La experiencia demuestra que empeñarse en resolver el problema social en términos de igualdad da lugar a sistemas de control carísimos que empobrecen y estropean la base funcional de que se nutren. En suma, el modelo socialista implica un excesivo gasto de energía humana improductiva. Y como ha de justificarla, multiplica los reajustes sin necesidad, introduciendo así el desconcierto en la conciencia ciudadana.

Por tanto, la crítica de los liberales al Estado intervencionista está justificada desde el punto de vista de un funcionamiento eficaz. La burocracia estatal del socialismo es un peso muerto. El auge de este modelo proviene de la teoría del equilibrio general de Keynes. Pero no es sino una cierta interpretación de ella. El aumento de las funciones del Estado, que los liberales consideran perturbadora de las leyes que regulan el mercado, es consecuencia de una glosa socialdemócrata de Keynes que desdibuja su intención. La teoría general de Keynes supone que no todo lo que se ahorra se invierte, es decir, que una gran parte del ahorro es improductiva, o que no hay suficiente espíritu empresarial para garantizar el

pleno empleo y la satisfacción de las necesidades de la gente. Si es así, parece conveniente promover una mayor demanda, lo que se consigue a través del aumento de la capacidad de gasto de la mayoría. Así pues, se trata de incentivar el empleo productivo de ese ahorro que no se transforma automáticamente en inversión. Esta es la clave del modelo de Keynes, muy distinta de la idea de igualdad: algo así como una psicología de los ricos. Keynes pretende la reactivación de la oferta partiendo de que el único activador posible de la oferta es la demanda: si aumentamos la demanda, favorecemos la oferta. La demanda es un señuelo con el que se evita que, al producirse desigualdades en los intercambios, una gran parte de lo acumulado se saque del circuito económico. Aumentar la capacidad de gasto de la población disminuye la tendencia al atesoramiento no productivo de la riqueza. El objetivo es el relanzamiento de la economía hasta un alto nivel de equilibrio, evitando que los agentes especializados que se enriquecen se salgan del circuito comprando cosas que no tienen nada que ver con la continuidad de los intercambios; por ejemplo, antigüedades. En definitiva, para Keynes el Estado es un espolador del inversor, pero no en directo, sino haciendo más fácil su tarea. ¿Cuándo es más

fácil?. Cuando se puede ganar más; ¿cuándo se puede ganar más?. Cuando hay más demanda.

El acierto de Keynes depende de que sea verdad que los especializados en invertir se desentienden de esa misma función, es decir, de que ser rico signifique ser atesorador, lo que equivale a empobrecer el sistema de intercambios. Pero el remedio que se propugna lleva a suscitar lo que podríamos llamar empresarios por conveniencia, no por vocación. Ese tipo de gentes, en los que el afán de riesgo es muy limitado, han sido los verdaderos promotores de la sociedad de consumo. También podrían llamarse espías de los signos de demanda (prácticas de *marketing*). Y es que, en efecto, del planteamiento de Keynes se desprende que el amor al riesgo es casi inexistente. Como tampoco el riesgo atrae a la burocracia socialista, tanto el empresario keynesiano como el político socialdemócrata son incapaces de promover la dignidad humana: están aquejados de inautenticidad, su actividad está íntimamente desasistida, olvida la justicia distributiva. En rigor, la justicia distributiva impulsa a atreverse: en el caso del empresario, a no esperar a tener comprador garantizado para producir, a confiar en la oferta. Según la justicia distributiva, la clave de la economía es la oferta, no la demanda. Por el

contrario, Keynes dice que la oferta no garantiza la demanda porque la capacidad de oferta del hombre es muy limitada, de manera que si al empresario no se le da de antemano la demanda, si no se elimina el miedo al riesgo, no es posible conseguir la activación económica. La tesis opuesta, que ya formuló Juan Bautista Say a mediados del siglo pasado, señala el factor que anima las relaciones de intercambio, el conectivo, vigoroso de la división del trabajo.

Todavía hemos de preguntar si Keynes tiene razón. Si la tiene, hay que decir que hay pobres porque hay poca dispuesta a producir, a promover trabajo. La razón de la pobreza es la falta de iniciativa, llámese privada o como se quiera, en definitiva: iniciativa humana. Traslademos la cuestión al nivel familiar primitivo: si el recolector pensara: este racimo de plátanos es muy grande y el camino hasta casa muy largo; por tanto, mejor es comérselos aquí y cargar con pocos para no gastar mis energías, es evidente que la mujer y el niño estarían mal atendidos. Además, si el macho recolector fuera tan perezoso terminaría organizando ese equivalente de la horda que es la pandilla: el recolector en huelga se iría de juerga con otros tan desmoralizados como él. Esto es, en rigor, lo que dice Keynes: el que se enriquece

se comporta como un mono porque deja de producir. Algunos concluyen que para evitar comportamientos semejantes hay que prohibir enriquecerse. Otros piensan que estos fallos se pueden evitar con un aumento del incentivo. Pero estas argumentaciones son forzadas, puesto que suponen que el hombre no tiene ningún interés en ofrecer el fruto de su trabajo a sus semejantes, o que su tendencia natural es el pandillismo. Con este planteamiento se arruina el sentido de la vida económica y se anulan las soluciones propuestas (también la burocracia socialista sería una pandilla). Hay que probar que tiene razón Say y no Keynes. Sólo porque nuestro sentido de la vinculación social no es tan fuerte como el familiar, y debería serlo porque en otro caso la familia acaba disolviéndose, no nos arriesgamos a la oferta antes de que exista demanda. La oferta es auténtica si acepta el riesgo de no ser aceptada. De acuerdo con esta doble aceptación la oferta conecta con la demanda. Si hay gente emprendedora, se enriquecen los demás. O dicho con términos más directos, el que no haya ni ricos ni pobres depende del empresario. El escaso espíritu empresarial es la renuncia al bien común (si no aceptamos que el bien común consiste en la primacía de la demanda, la tesis pesimista de Keynes). El hombre está hecho para dar más que para

pedir. Ciertamente que la naturaleza humana está vulnerada en lo que respecta a su orientación al fin. El mono, cuenta Kipling, es el animal más despreciado de la selva porque es el animal inconstante y frívolo por excelencia. No es un animal que juegue. El juego es una actividad con reglas (en sus niveles más altos el juego es sapiencial); el mono, en cambio, cuando no es urgido por necesidades inmediatas, despliega una serie de conatos abortados, se diluye en un divagar incoherente. También la divagatoria marca el discurrir vital del hombre herido en su capacidad de fines, como se muestra en los falsos promotores sociales que son ricos en yates, visitantes de Miami, sordos a los requerimientos oficiales de una burocracia corrompida e incapaz de asegurarles una inversión sin riesgo de pérdidas. Claro es que el keynesianismo presupone un mercado ya maduro cuyo fortalecimiento es cuestión de grado. Si el mercado interior es débil, hay que añadir dificultades suplementarias que explican en gran parte ese generalizado sentimiento de impotencia que lleva a la inoperancia de los gobernantes y al exilio del escaso capital que se consigue con la exportación de materias primas. Pero ello mismo obliga a trabajar mejor, en primer lugar, al que se encarga de promover trabajo, al que tiene

que darlo. Es preciso en ese sentido un amplio esfuerzo de capacitación.

Utilizando otra vez ideas de Gilder, intentaré ilustrar el significado del riesgo. Riesgo no significa audacia loca ni arbitrio político ni terrorismo revolucionario. Quiere decir no aceptar la prioridad del mercado, sino darse cuenta de que la oferta es anterior a la demanda y estar dispuesto a suscitar mercado.

Al parecer, es frecuente en las preculturas una institución en la cual se muestra que el poner la oferta antes que la demanda no es un invento moderno. La cosa consiste en que, contando con su familia, un individuo se dedica durante algún tiempo a acumular alimentos. Cuando ha reunido una cantidad suficiente, organiza un banquete al que invita a los otros miembros del grupo. Se sobreentiende que eso mismo lo harán otros; en todo caso, hacerlo merece honor y el omitirlo descalifica socialmente. Como se ve, la institución cumple una función de oferta a la espera de una conducta semejante futura de los invitados: ahí está el riesgo. Si todos responden, se consigue una gran ventaja, a saber, satisfacer de modo general esa necesidad, muy importante y que aparece con variantes en todas las culturas, de vivir tiempos de fiesta, de encontrarse en situación de riqueza compartida por otorga-

miento. Es obvio que la fiesta no debe confundirse con la juerga, que es superficial, mientras que la fiesta afirma al hombre en su existencia.

Asimismo, esta institución, que es todo lo contrario de un juego de suma cero, y que puede anularse si hay demasiada gente que falla (lo que en España llamamos gorrón), es el antecedente del empresario, tal como puede darse en una fase de poca tecnología.

Podemos decir que la figura del empresario está ya presente de algún modo en cuanto hay sociedad civil, aunque sea muy primitiva. ¿Qué mueve a esto?. ¿Cómo explican los antropólogos esta figura?. Su aparición no es resultado de un cálculo interesado, sino del afán de honor, de la emulación, del querer todos lo mismo pero por superación, a diferencia del igualitarismo homogéneo. En rigor, el tiempo de fiesta es el más alto, y estos hombres se lo procuran como pueden. F. de Closets señala que los socialistas keynesianos han inventado el adagio "tomad y recibiréis", y viven como si se pudiera cumplir. Otra sentencia dice "dad y se os dará". Esta sentencia no es segura en el orden humano. Así, si abundan los astutos, los individuos que se creen listos porque viven como parásitos sin sufrir ninguna sanción, falla la sentencia citada, y el que acepta ser ofe-  
rente ha corrido un riesgo y ha fracasado. Sin

embargo, toda iniciativa humana, en el fondo, es iniciativa de dar: no es primaria la iniciativa de recibir. Lo mismo es tener iniciativa que dar y lo mismo es ser el término de la iniciativa que recibir. Por tanto, para que la prioridad del dar sobre el recibir no tuviera lugar, sería menester que la conducta humana dirigida a los demás fuera tan sólo reactiva y no una verdadera iniciativa. Pero en tal caso nadie recibiría nada. de aquí se concluye que se debe fomentar la iniciativa si se aspira a la justicia distributiva. Me parece que la renuncia del hispano a la iniciativa se debe por decirlo rápidamente, al miedo al ridículo (a hacer "el primo"). El hispano está bastante convencido de que si emprende la iniciativa de dar, le van a tomar el pelo; por eso está poco dispuesto a correr riesgos en la vida civil. Cabe señalar que en la forma precultural de regalar no hace falta el dinero, porque el intercambio es directo y no se precisa una medida de valor abstracta, que permita comparaciones de valor entre muchas cosas (el dinero es el medio de generalizar los trueques). Con el dinero aparece la posibilidad de averiguar qué es lo que al otro le gusta más, o sea, de dar teniendo en cuenta las preferencias de los otros. El oferente primitivo no puede seleccionar porque dispone de pocas cosas. Una importante diferencia entre la iniciativa privada y la estatal reside en esto. La

iniciativa estatal es anónima y, por eso, el subsidio no se da de acuerdo con las expectativas personales, sino en bloque. No mide tampoco con acierto lo que necesita cada uno. En cambio, lo que se llama regalo (por ejemplo, el regalo de la fiesta de Navidad) es una forma más elástica de ejercer la iniciativa donante.

Un regalo se agradece tanto por su valor económico como por el interés que se ha puesto en las propias preferencias. Quizá este ejemplo sirva para advertir que también un empresario moderno tiene la posibilidad de graduar su oferta de acuerdo con una pluralidad de preferencias. El empresario no cumple esa función cuando se convierte en operante masivo. Por eso la gran empresa se parece al Estado y ambos coinciden en una amplia burocratización. Comprobamos de nuevo que la oposición liberalismo-socialismo es aparente: ambos parten de un supuesto común y terminan coincidiendo en la organización burocrática.

La pequeña empresa es una alternativa mejor. Para erigirla en la clave de la dinámica social se requiere que existan las condiciones objetivas de terminar con la burocracia. Poner fin a la burocracia equivale a establecer un control horizontal; no un control superpuesto, que separa la iniciativa de oferta de la

demanda y obliga a la suscitación keynesiana de la demanda, así como a la mediación burocrática. Nótese que la función de control es otro conectivo.

¿Cómo se puede conseguir que el elemento de control esté en el nivel de la oferta, de manera que incida directamente en los intercambios y los conectivos sociales no se multipliquen por una necesidad artificial?. Según algunos autores, esto se puede conseguir a través de la informática. Es lo que propone, entre otros, J. Naisbitt. La manera de ejercer un control social horizontal, que es casi un autocontrol, consiste en aprovechar las virtuales de la informática. También así, según Naisbitt, se modificaría el papel de la banca. La banca puede llegar a ser otro sistema de control caro, conservador. No parece conveniente que el capitalismo financiero controle al empresario industrial, pues dicho control lleva consigo una subordinación poco eficaz.

En suma, la informática permitiría una amplia reorganización de la sociedad con vistas al fomento de ese conectivo que busca el bien común en el mismo nivel de los intercambios. Se trata de una fórmula social claramente distinta de las burocracias. Naturalmente, la informática puede ser monopolizada por los actuales procedimientos de

control, lo que daría lugar a una quiebra de la libertad sumamente grave, todavía mayor que la que hoy padece la humanidad. Conviene no olvidar que la iniciativa de dar implica libertad; más aún, el hombre no es libre, estrictamente, hasta que da. Una libertad que rehusa la oferta es una libertad negativa, condicionada por la petición de garantías. Quien emplea a fondo su libertad, corre el riesgo de la no correspondencia; ese es el riesgo peculiar de la sociedad de hombres libres: los otros pueden negarse a que la iniciativa renazca en ellos. En la familia es el riesgo del matrimonio, de la paternidad. Si se piensa que hay que disponer de un orden (cultural, legal), que, por ejemplo, asegure la fidelidad del marido o de la mujer, se mira a reforzar la libertad debilitada. Pero, en definitiva, la fidelidad conyugal corre a cargo de la iniciativa de cada uno. Sin duda, la infidelidad en este orden de cosas es contraria a la ley natural y el poder legislativo no es competente para sancionarla o para legitimar situaciones opuestas a ella. Pero el hombre no cumple la ley natural como el animal. También el padre ha de aceptar el riesgo de incumplimiento de los objetivos educativos por parte del hijo; si no, el hijo sería una mera prolongación de su progenitor; pretenderlo es el paternalismo. Ser padre es ser suscitador de libertades.

Si el riesgo es inherente a la libertad, el afán de seguridad implica una pérdida de libertad. El hombre libre ama el riesgo, no por sí mismo (no juega a la ruleta rusa), sino porque la recompensa del riesgo es enorme y no puede ser suplida por éxitos automáticos.

La libertad en el tiempo es arriesgada porque la iniciativa donada] necesita maduración: es una iniciativa creciente, en modo alguno prolongada de modo inercial. Aquí el riesgo aparece en la forma de elección entre el crecimiento y los bienes inmediatamente al alcance. Por eso también es propio de la libertad jugar a largo plazo. Los objetivos a corto plazo son señal de que el riesgo se esquivo. Pero con ello también se recorta el valor de los objetivos. En la familia es claro. Tener hijos viene a ser una inversión a largo plazo porque para que el hijo esté en condiciones de corresponder hacen falta muchos años.

Me parece que la clave del asunto queda expuesta. Claro es que ante este planteamiento siempre cabe preguntar por dónde y por quién empieza. Con otras palabras ¿es viable una actividad donada en un medio social que la desconoce, empobrecido por falta de iniciativa?. Es decir, el riesgo resulta muy aparente cuando los reflejos condicionados de la

gente son contrarios a dar; en ese ámbito, emprender una iniciativa generosa es excesivamente chocante. La respuesta es la misma noción de justicia distributiva: lo que decide es la dignidad de la acción en cuanto tal. Incluso si el fracaso es demasiado previsible, esta consideración es irrenunciable. Además, el olvido de] dar no es lo predominante.

#### 4. La descentralización.

Si un empresario invierte con riesgo, no se puede decir que sea un rico -ni un pobre-. Un empresario que exige las condiciones keynesianas, sí lo es; pero un empresario activo, que acepte las consecuencias de la primacía de la oferta respecto de la demanda, es un hombre de recursos, pero los sabe emplear, de manera que cuantos más medios tenga mejor para todos. Desde este punto de vista, ciertos complejos de culpabilidad no están justificados y deben desecharse. El empresario, envuelto a veces en las críticas al capitalismo, se siente sin respaldo moral: mera confusión. Del empresario que sólo lo es a medias, o a cuartas, que pide una demanda asegurada, cabe hacer una calificación moral negativa; pero es mejor decir que, en rigor, no es un empresario. Por lo demás, estas situaciones son comprensibles y

tampoco son novedosas, porque en buena parte dependen del pasado, de costumbres o usos que crean un estado de opinión. De todo lo dicho lo que puede sacarse es un proyecto: se trata de pasar de Keynes a Say, tarea que en muchos medios profesionales, no sólo los empresariales, es larga y puede verse dificultada por diversos factores.

Para llevar adelante este proyecto, es oportuna la renovación periódica de los cuadros empresariales. El proceso económico está empíricamente condicionado por la tecnología. La adaptación a los cambios tecnológicos aconseja la renovación generacional de los empresarios; porque los que, en virtud de la división del trabajo, están especializados en un modelo tecnológico, no comprenden el siguiente y hay que dar entrada a otros. Incluso si la tecnología permaneciera constante sería conveniente dicha renovación para evitar la decadencia peculiar de las estirpes dirigentes. Además, el éxito prolongado de un tipo de oferta económica consolida una demanda estereotipada. A mi modo de ver, la renovación de las empresas es lo más aprovechable del ideal de la competencia. La competencia dentro de un sistema establecido o estático es una pugna en torno al mercado. Pero si competencia significa el ser sustituido

por la generación siguiente, por gente más joven con mayor capacidad de lucha y más entusiasmo, el mercado se renueva. Tal sustitución no comporta la ruina de los antiguos empresarios; es, simplemente, una remodelación de minorías dirigentes. También es cierto que el cambio de empresarios ha de ser rápido en los países de alto nivel tecnológico, lo que no parece compatible con las grandes empresas. Por lo común, las grandes empresas están determinadas por técnicas anticuadas, y muy burocratizadas. La burocracia no es sólo cosa del Estado. En Occidente, y debido a la influencia del planteamiento de Keynes, se han desarrollado durante las últimas décadas tres grandes formas de burocracia: la burocracia estatal, la sindical y la empresarial. Es necesaria una política de descentralización en las tres instituciones. Ese monstruo que es el Estado Leviatán ha dado de sí todo lo que podía; ya no hay ningún país capaz de aguantar un Estado así. Pero también los sindicatos se han convertido en burocracias actualmente en crisis; los grandes sindicatos exigen también una descentralización, porque, como ya he dicho, las diferencias debidas a la especialización del trabajo se han acentuado. Un sindicato global es un centralismo justificado tan sólo por la gran empresa. Pero a las empresas también les conviene la descentrali-

zación, precisamente porque de otro modo son inhábiles para la competencia en el tiempo. Las grandes empresas son muy pesadas y su cambio difícil, se adaptan mal a la coyuntura y en sus momentos de crisis han de ser subsidiadas para evitar un paro masivo. Si la gran empresa sigue siendo el eje de la economía, el futuro se cierra. Para despegarse de ella hace falta la renovación de empresarios. Los núcleos empresariales californianos, de Florida y Texas, los tres Estados que han tomado las riendas de la economía en los Estados Unidos, y los italianos, están creando pequeñas empresas, o bien, una coordinación horizontal (algo así como una estructura federal) que representa también un alto grado de descentralización. Incluso las multi-nacionales, consideradas por algunos como un caso extremo de gigantismo capitalista, están descubriendo ya su afinidad con la desconcentración. Otro de los problemas que plantea la burocracia es la diferencia entre el momento de emisión de la orden y el momento de ejecución. En las grandes administraciones esa diferencia aumenta y compromete la oportunidad de la orden. Al menos ha de concederse que la informática atenúa este problema.

También la individualización de la responsabilidad contribuye a la descentralización. La

actual teoría de costes desarrollada en Alemania se propone calcularlo de forma analítica. La idea es asignar a cada agente, y en el menor lapso de tiempo, el coste que su modo de actuar representa. En la medida en que esto se consigue, se "motiva" a los trabajadores, se les hace ver la importancia de su conducta en la tarea común. Por muy productivos y oferentes que seamos los seres humanos, hay siempre una contrapartida en toda obra humana. Como el hombre no es Dios, toda obra humana implica un coste, y es muy interesante no atribuirlo a los agentes en general, sino a cada uno. Es otra manera de descentralizar. Para poner un ejemplo elemental, se puede precisar lo que cuesta a una compañía de transporte aéreo que un piloto retrase el despegue. Desde luego conviene saberlo porque, si hay competencia, una compañía poco seria en la salida de sus vuelos pierde dinero. Ningún modo de conducta es indiferente desde este punto de vista. La capacidad de oferta de todos los agentes sociales debe crecer. Para ello se precisa que cada uno conozca sus responsabilidades. Una sociedad de hombres libres no puede basarse en la ignorancia del propio costo, la cual lleva a la desmoralización. Es éste un aspecto más de lo que puede significar una economía basada en la oferta, en la cual no se puede decir que haya

ricos y pobres, pues permite la ampliación de aquellas características que veíamos en la familia.

Organizar la división del trabajo de un modo correcto en un nivel superior al familiar, requiere un conector. Normalmente, como ya he dicho, el conector se pone en el intercambio, porque es patente que sin intercambio la división del trabajo no es posible.

Pero por sí solo el intercambio no asegura la cooperación social en un grado suficiente. Paralelamente, la eliminación de la separación entre ricos y pobres no se puede hacer basándose sólo en la noción de igualdad o en la justicia conmutativa. En rigor, la igualdad no es un objetivo humano. Postular que, o progresamos todos lo mismo (lo cual es imposible) y hacia la igualdad, o nadie tiene derecho a progresar, es, como dice Nietzsche, fundarla sociedad en la envidia; el que no es envidioso prefiere la diferencia, siempre que no dé lugar a la escisión o a la atomización egoísta.

Si nos fijáramos sólo en el intercambio y lo fiáramos todo al ideal de justicia conmutativa, nos moveríamos en un orden utópico o irreal y, al recurrir a procedimientos forzados que pronto manifiestan su inoperancia, oscilaríamos sin salir del planteamiento. Por lo pronto, ignorando el carácter oferente de la

actividad del empresario, adoptaríamos la postura que rechaza la primacía de la oferta y la concede a la demanda, lo que equivale a arbitrar un remedio extrínseco para la supuesta renuncia ante riesgo por parte de los empresarios. La interpretación socialista de Keynes aprovecha su valoración de la demanda para reafirmar su convicción de que lo más importante es la redistribución: quitar de un bolsillo para llenar otro, porque al socialismo histórico le pone nervioso que alguien tenga más que otro. Los socialistas, últimamente, están abandonando parcialmente a Keynes. El mismo PSOE considera el keynesianismo socialista poco pragmático, a pesar de la obsesión estatal y centralista del socialismo europeo, porque hoy ya es claro que sin iniciativa empresarial no es posible salir del atasco. Esto es aceptar al Keynes de la activación de la oferta, que es el más clásico, preocupado por una situación de depresión. Pero como, por otra parte, no se renuncia al estatismo económico, que implica presupuestos deficitarios, y como aumentar la demanda provocaría una fuerte inflación (lo que lleva a una política monetarista de signo liberal), las oscilaciones aludidas vienen a ser un barullo, una mezcla incoherente que desmoraliza a los agentes sociales.

Frente a todo esto, propongo que el empresario debe tomara su cargo el rechazar la validez del diagnóstico de Keynes. Si no lo hace, se falsifica como empresario. ¿Cómo se crean puestos de trabajo?. Levantando empresas. ¿Se levantan empresas con demanda asegurada, o no?. Si es con demanda asegurada, keynesianismo; si no, oferta con riesgo. El empresario que, dentro de unos límites prudentes, acepta el riesgo me parece preferible aunque sea sólo por estética. Además, funcionar con la demanda asegurada es ilusorio en un país no desarrollado, y cuando es posible da lugar a la sociedad de consumo, es decir, a la exageración de las necesidades materiales con detrimento del espíritu. Desde el punto de vista de un socialista pragmático, la sociedad de consumo es un ideal último: sin necesidad de eliminar el mercado y de acudir a la planificación central (al modo soviético) es posible administrar la abundancia ya, y cabe presentar un socialismo apartado del marxismo. Pero la sociedad de consumo pertenece al pasado. Así pues, no se trata sólo de estética. Desde el punto de vista de un promotor vivir sin riesgo es vivir como un viejo; el viejo no puede aceptar muchos riesgos porque sabe que no puede hacerles frente. En cambio, el proteccionismo estatal es contrario a lo que ser empresario significa realmente. No es sólo

una cuestión de matiz, porque la diferencia en el orden de las consecuencias prácticas es muy grande. optar por la libre empresa, pero con la demanda asegurada, es una especie de mixtura que encierra un equívoco sofista. Es lo que algunos entienden por economía social de mercado. Social, desde el punto de vista del empresario, quiere decir que la demanda está asegurada. Desde el punto de vista del político socialdemócrata es la justificación de la burocracia estatal, y desde la perspectiva sindical es una coartada para la representación y defensa de los trabajadores que se atribuye oficiosamente a sí mismo.

El acuerdo entre las grandes burocracias siempre me ha parecido artificioso. Si no fuera jugar con trampa, daría resultado, pero hay trampa: precisamente el común burocratismo. En la época de las grandes empresas como sólidos y estables pilares de la sociedad industrial, el keynesianismo tenía una posible justificación funcional empírica (no teórica). Pero las insuficiencias de un mal planteamiento tenían que aparecer. No podemos seguir manteniendo una visión que era válida en los años 50 y 60 (quizá, por inercia, en los años 70); en estos momentos, en los Estados Unidos hay varios millones de empresas creadas después de esas décadas, que no tienen nada que ver

con el convencional gigantismo empresarial americano. En Europa parecía la gran solución el que los empresarios se sienten a dialogar en una misma mesa con los dirigentes sindicales y políticos. En ese diálogo los sindicatos juegan el papel de asegurar el aumento de demanda. Los sindicatos se atribuyen el éxito en la elevación de los salarios, es decir, el aumento de la capacidad de compra: proclaman que son conquistas suyas. Es una carta trucada, ya que esa es la función que según el planteamiento de Keynes les corresponde. El empresario, de acuerdo con una estrecha racionalidad económica, propone cuál puede ser el aumento salarial, es decir, el grado de seguridad en la demanda que elimina el riesgo: en definitiva, el empresario está de acuerdo con los sindicatos (se garantizan series productivas homogéneas: otro truco). Aquí ya no se habla de lucha de clases, sino de concierto económico y social. El Estado asegura los términos de ese acuerdo con su sistema impositivo, su proteccionismo, etc. (se autojustifica como burocracia: el truco sigue). De esa manera se ha funcionado, por ejemplo, en Bélgica. Actualmente, Bélgica es uno de los países de Europa cuya organización es más problemática, entre otras cosas, porque esa fórmula descansa entera sobre la gran empresa cuyos garantes son, a la vez, sus parásitos. Por eso el

tinglado es muy rígido y se disloca en cuanto las consideraciones marginalistas se hacen sentir. Sin embargo, Bélgica está situada en lo que la teoría de espacios económicos llama el centro, que en Europa es el eje de] Rhin, prolongado hasta Milán, en Italia, y se intenta un ramal hasta Lyon, en Francia. Desde que Inglaterra se incorporó al mercado común su economía ha descendido hacia el sur de la isla. En Italia el límite del *mezzogiorno* ha subido desde Nápoles hasta Roma.<sup>4</sup> Si se acepta que el centro es Norteamérica, América del sur sería un mercado siempre deprimido. Por otra parte, la creciente importancia del suroeste de los EE.UU. abre interesantes perspectivas para el norte de México. Otro espacio importante es el océano Pacífico.

De todos modos ya no se puede poner el acento en la gran empresa. La informática puede acentuar la desconcentración y modificar la llamada teoría de espacios económicos, porque el transporte e intercambio de la información es distinto del de las mercancías. Pero el gigantismo centralizado es hoy muy fuerte en la elaboración de las noticias, de cuya difusión se encargan los llamados *mass media*. Esta denominación es expresiva: la información que se recibe de los periódicos o de la televisión es homogénea en exceso, sesgada

por la influencia de ideologías obtusas, sin valor formativo por su carga emocional que inhibe el intelecto. Es, en suma, una oferta superficial y sofisticada, un adoctrinamiento para un consumismo ajado, última baza del Estado providencia.

El verdadero empresario antepone la oferta a la demanda. Si es así, el modelo keynesiano no se critica: se abandona simplemente, porque el modo de asegurar la inversión permanente viene dado por la definición de empresario. No se discute si o hasta qué punto la demanda tira de la oferta, o si hay que distinguir entre ahorro atesorador y productivo, o es mejor resaltar que la tasa de ahorro se ve comprometida por el exceso de demanda (consumo). El rechazo de las grandes burocracias se debe a que la descentralización es coherente con la conducta empresarial auténtica. Las observaciones sobre los bancos obedecen a lo mismo. No discuto la banca como tal; resalto que los bancos se han metido en el juego keynesiano y han querido ser los árbitros de la situación, es decir, han practicado una política crediticia selectiva que no favorece la inversión permanente. La continuidad de la inversión requiere la sustitución de generaciones. Si los bancos estuvieran atentos a esto y no discriminaran los créditos a

favor de las empresas, pequeñas o grandes, ya instaladas, servirían mejor la oferta con riesgo. Los errores que la banca ha cometido al prestar a Latinoamérica no se deben al riesgo, sino a un error de cálculo inducido por un aumento de depósitos (petrodólares) y una contracción económica correlativa. Se pensaba que el modelo keynesiano era exportable. Al final se ha visto que la demanda de dicho continente era inelástica: por tanto, no se han creado mercados internos. Sin mercado interno el keynesianismo se viene abajo y los créditos dan lugar a un endeudamiento impagable. Los deudores, por su parte, cometieron el error de confiar en la exportación de materias primas como procedimiento de pago y al emplear los créditos en obras de infraestructura descuidaron el sector agrícola, provocaron el traslado masivo de población a las ciudades sin oferta de trabajo correspondiente. El diagnóstico es éste: déficit de oferta, infrautilización de la capacidad humana, dislocamiento de la población. La banca reaccionó al fracaso con la elevación del tipo de interés, oferta muy especial que es un modo de atraer capital; esto dio lugar a la alta cotización del dólar. La suma de estos dos hechos hace más difícil el pago de los créditos, a la vez que el valor de las materias primas y del petróleo desciende y reaparece el proteccionismo norteamericano.

La verdad es que estos cálculos (oferta y demanda controladas por el valor del dinero; tasa de inflación admisible; límites del intervencionismo estatal. equilibrio presupuestario, etc.) se mueven dentro de las coordenadas que he descrito; son cuestiones de *ciencia* económica más o menos discutibles, cuya legitimidad no se niega. Lo que intento resaltar es que la *actividad* económica es propia del hombre, es decir, que han de estudiarse los presupuestos antropológicos de lo económico, no vaya a ser que finjamos una figura de *homo oeconomicus* separada de la integridad humana, postulada *ad hoc*, o de acuerdo con los límites del método de una "ciencia". Suscitar la demanda de un modo artificial desemboca en la sociedad de consumo; enfocar el desarrollo con vistas a esa meta es humanamente desolador. Crear oferta significa, en cambio, controlar la demanda; si la producción cuenta con la demanda asegurada, las grandes series se encauzan hacia las chucherías y la economía se convierte en una actividad humana trivial. Es ilusorio tratar de establecer la paz social sobre la base de la desmoralización del hombre, de la transformación del ciudadano en consumidor. Asimismo, el poner la iniciativa empresarial al servicio del consumo como una línea que se puede prolongar sin fin, desvirtúa la función de la

empresa. La empresa no puede aceptar ese juego, tiene que renunciar a ese tipo de ganancias. Si el subdesarrollo es consecuencia de una oferta débil, hay que denunciar la omisión de la justicia distributiva por parte de las minorías dirigentes de país. El intento de imitar a la gran empresa es un anacronismo. Los norteamericanos han asimilado la lección. Ya antes de Reagan han puesto en marcha un amplio proceso de creación de empresas medias o pequeñas. Naturalmente esas empresas se han encontrado con un problema de créditos, pero lo han sabido resolver mediante un tipo de iniciativas crediticias, inventadas sobre la marcha, que ponen el ahorro en relación directa con los sujetos de la oferta empresarial. Los problemas de mercado que tales empresas se encuentran se deben a su escasa capacidad publicitaria. La gran concentración que persiste en la publicidad se muestra incoherente con la nueva organización empresarial. El inconveniente se supera con una disminución de la homogeneidad del mercado, lo que permite un control de la demanda que, al ser plural, pone un límite a la sociedad de consumo. Como ya he dicho, al ir tras la demanda, la oferta es caprichosa, y se hace trivial (volviendo al modelo familiar, vendría a ser como si el padre atendiera a todas las veleidades del hijo). También he

dicho que el consumismo es una consecuencia de las funciones que los sindicatos se atribuyen (precisamente porque no hay suficiente integración en la misma empresa de sus miembros). La sustitución de la gran empresa centralizada disminuye la necesidad de amparo sindical

### 5. La comunicación.

La división del trabajo, como conjunto de actividades diferentes, necesita una conexión que por lo pronto, es el intercambio. Desde luego, el intercambio es imprescindible (si el panadero no puede cambiar el pan por otra cosa, ¿para qué especializarse en hacer pan?). Pero, como he señalado, no es cierto que todo se juegue en este nivel. Paralelamente, no me parece justificado el ideal de igualdad y tampoco, por cierto, la diferencia entre pobres y ricos entendida como correlación. Sin embargo, si sólo se atiende al intercambio, dicha diferencia no se puede evitar. Ahora bien, la división del trabajo está presidida por otra conexión que se descubre siempre que se acepte que la oferta es anterior a la demanda, o que la sociedad sólo es posible si el hombre da antes de recibir.

A mi modo de ver, eso es lo que justifica ser empresario. La función no es sólo económica. También es empresario el recolector familiar que he citado, o el profesor que se atreve a salirse de los límites de un programa convencional, o el inventor, o el párroco que ofrece la Buena Nueva. En general, el que asume un riesgo es empresario, siempre que el riesgo se corra al dar algo. Por lo mismo, me parece que un obrero, si está bien integrado en la empresa y no simplemente amparado por el sindicato, es un empresario. El análisis de costos a que aludí es un modo de promover la conducta empresarial. Entender al hombre como oferente antes que receptor es coherente con su carácter de persona. La persona refuerza desde arriba el intercambio de bienes. Las ciencias económicas no deben desconocer este dato ni siquiera por razones de método, porque sin relaciones personales lo económico no existe. Pero hay todavía otro conectivo de la división del trabajo que cabe llamar básico. Tal conectivo es inherente a la técnica, es decir, al hacer humano que transforma la materia. Lo más característico de los instrumentos técnicos es que constituyen un plexo. Un instrumento aislado es imposible: no es ningún instrumento; un instrumento siempre indica otro. La actividad práctica del hombre produce medios, y los medios sirven si hay otros. Los medios

siempre son *intermedios*, medios entre sí, porque están destinados a un fin superior que no puede ser más que el hombre (y, a través del hombre, Dios). Todo lo que el hombre hace tiene valor media] porque el carácter de fin corresponde a la persona. Es evidente que lo intermedial sustenta los intercambios.

Si lo que producen unos no guardara interconexión medial con lo que producen otros, la división del trabajo sería absurda; más aún, el hombre no trabajaría. La producción humana se caracteriza, precisamente, por la interdependencia; por tanto, la división del trabajo es una diferenciación, pero no una ruptura, porque todas las cosas que el hombre hace son inter-remitentes.

Hacer martillos no tiene sentido si no se hacen también clavos, porque el martillo es para clavar; pero el clavo y el martillo no tienen sentido si no hay algo que clavar, por ejemplo, piezas de madera para hacer una mesa; a su vez, una mesa no tiene sentido si no sirve para algo. Lo característico del medio es que sirve. Nada sirve para sí mismo, sino que está en conexión con aquello para lo que sirve. La cultura humana es el orden de la pluralidad de los medios, que por serio se reclaman entre sí. Siguiendo a Heidegger, llamo plexo total (*Ganzheit*) a las conexiones de las cosas que

son susceptibles de uso. El que no sabe para lo que sirve un medio no entiende su *ser* de medio. La comprensión del medio estriba en su uso. Si no se sabe usar, el medio queda reducido a cosa mostrenca.

También cabe decirlo así: los medios son medios si son disponibles, y si no se conocen en tanto que disponibles, no se conocen como medios ni son disponibles. En tanto que disponibles los medios son organizables y el modo de ser correspondiente en el hombre es su conducta práctica. No es admisible una conducta práctica organizada sin relación a medios, porque ¡a conducta práctica a nivel humano es organizadora de medios y organizada en ellos. Por eso la división del trabajo es posible, ante todo, por el modo de ser de los medios, y no primariamente por los intercambios, ya que el intercambio también lo supone. Si lo que hace uno no conecta en remitencia con lo que hace otro, no hay intercambio. Tampoco la oferta sería efectiva.

Intentaré describir brevemente la relación entre oferta y medios. La comprensión de los medios es *formal*, es decir, el medio se comprende según su *forma* de usarlo (los clavos se clavan por la punta y no al revés), precisamente, porque los medios son originariamente aportaciones humanas racionales: ser

aportado indica la oferta de la persona. Por eso la comprensión del medio no es inicialmente social (sino un tipo de monopolio). Ahora bien, como el medio entra en el plexo que soporta la división del trabajo, su comprensión se extiende. Por eso, es correcto decir que la sociedad civil se constituye en la misma medida en que muchos seres humanos entienden los medios que forman un plexo. Si una persona no entiende, o no sabe usar, se excluye a sí misma, o es excluida, de las relaciones sociales constituidas por dicha complejidad. Por tanto, la sociedad civil exige la participación en la oferta, la cual es comunicada. La comunicación es el conectivo social general que hace a los medios comprensibles en su conexión.

La estructura de los medios (remitir unos a los otros, y sólo ser conocidos así) indica claramente una complejidad típica que es el lenguaje. El medio por excelencia es la palabra. Cada conexión entre instrumentos materiales es un caso, una particularización, a la que el lenguaje es aplicable. Lo mismo que el dinero es el medio que permite la generalización de los intercambios, el lenguaje es el conectivo general de los plexos mediales en cuanto comprensibles. Este es el significado primario de la palabra griega hermenéutica, que se suele tra-

ducir por interpretación. Hermenéutica, en griego, no significa exactamente eso, sino aquella articulación de la razón según la cual se entiende una cosa con otra: no se entiende en sí misma, sino en tanto que esa cosa remite a otra. Este modo de entender es imprescindible para la razón práctica. Por tanto, lo mismo da decir que los medios constituyen un plexo, que decir que el ser del medio es hermenéutico.

El valor de la informática para el fortalecimiento de una nueva sociedad de mayor densidad humana, reside en su capacidad de aumentar la comunicación y la comprensión de las relaciones prácticas.

Las consideraciones precedentes abren una interesante cuestión: el conocimiento es un factor integrante de la vida social; por consiguiente, debemos preguntar si dicho factor puede aumentar su influjo en un futuro no demasiado lejano. Desde luego, la civilización occidental muestra con claridad el proyecto de vincular su dinámica histórica al incremento del saber. Dicho proyecto se ha plasmado en forma institucional. Las Universidades y otros centros especializados se dedican al cultivo del saber y a la investigación. Sus logros se difunden ampliamente mediante una polifacética labor editorial. Tal vez la situación sea lo

suficientemente madura para orientarse hacia una general compenetración del conocimiento y el trabajo.

## 6. Conocimiento y trabajo.

Se afirma con frecuencia que está próxima una nueva sociedad. Incluso el tránsito hacia ella se ha iniciado ya, de manera que nuestro presente es inestable o cambiante porque los modelos imperantes hasta hoy se resisten a desaparecer y, a la vez, se agrietan, se muestran incapaces de permanencia. A la nueva sociedad algunos la llaman postindustrial; otros autores hablan de sociedad del conocimiento. Ambas denominaciones pretenden referirse al mismo asunto. Según esto, la sociedad postindustrial sería la sociedad del conocimiento.

Si se acepta que el conocimiento es ja más alta dimensión del ser humano, la suprema forma de vida, y ésta es una tesis clásica, la sociedad del conocimiento sería una sociedad sumamente perfecta. En rigor, la sociedad es promovida por las energías humanas y constituye, por tanto, un ámbito en que los frutos de esas energías se condensan, refluyen sobre los seres humanos y acogen a las nuevas generaciones. Se trata de un flujo de doble

dirección según el cual los hombres hacen la sociedad y la sociedad enmarca a sus miembros. Por consiguiente, el concepto de sociedad del conocimiento es polifacético y su significado ha de declararse contestando a las siguientes preguntas: ¿en qué instituciones se socializa el conocimiento?. ¿A qué instrumentos se incorpora con mayor nitidez?. ¿De qué modo el conocimiento se integra en la acción humana?. ¿Cómo determina las relaciones sociales?. La primera pregunta alude a la Universidad y a los centros de investigación. La segunda formula la cuestión de la llamada inteligencia artificial. la tercera señala la conexión entre conocimiento y trabajo. La cuarta atiende a la organización, a la presencia configurante del conocimiento en las relaciones sociales y al importante tema de la decisión.<sup>5</sup>

Aunque la respuesta a las preguntas formuladas encierra agudas dificultades, quiero insistir en las ventajas de principio que una sociedad del conocimiento supone respecto de otras formas sociales. A mi modo de ver, esa ventaja estriba fundamentalmente en la dignificación del trabajo humano. Cuánto más tenga que ver el trabajo humano con el saber, cuantos más elementos cognoscitivos se inserten y configuren las actividades produc-

tivas, más se humaniza y se libera de su carga materialista, y mejor se desarrolla la esencia de la economía y su carácter progresivo, ya que la economía avanza en la medida en que se aproxima y se adecúa a la naturaleza del hombre.

### Interpretaciones históricas del trabajo

La gran ventaja que la sociedad del conocimiento lleva consigo, a mi modo de ver, es ésta: elevar las actividades económicas hasta un nivel suficientemente humano, lo cual sólo se puede conseguir en la medida en que las dimensiones más altas del hombre forman parte del funcionamiento económico. Si no forman parte de él, el sistema de producción es un mero soporte de la expansión de la vida que permanece cerrado a ella. Recordemos, por ejemplo, cómo planteaban los griegos las relaciones entre el perfeccionamiento humano y el trabajo, cuál era la estructura de la polis en la perspectiva clásica.

Para Aristóteles las actividades productivas en rigor son propias de esclavos. El esclavo no se define como un ser maltratado, sino como aquel ser que propiamente no es humano porque no es capaz de perfeccionarse. El esclavo es el ente humano en régimen de cons-

tante inmadurez fijado en un grado no superable por él de humanidad. Las actividades económicas corresponden al esclavo. Al hombre libre, no, porque debe dedicarse a lo que le perfecciona, y quedamos en que la pura satisfacción de las necesidades básicas no perfecciona al hombre de ninguna manera,

El perfeccionamiento humano es extraeconómico. Todo aquello que el hombre es capaz de alcanzar en su vida, la teleología humana, es sobrante respecto del puro subvenir necesidades constantes; por eso precisamente es extraeconómico: no es trabajo ni comunica con el trabajo. Hasta el punto de que, como han advertido historiadores de aquella época, no es que los griegos no conocieran, sobre todo, en el período alejandrino, la técnica, o no hubieran podido progresar en este terreno: lo que pasa es que no quisieron: no era un proyecto de futuro para ellos. La incorporación de más saber al trabajo no les interesaba. El saber era un asunto autárquico; a él le correspondía la dirección de vida, pero en tanto que la vida humana es espiritual. Por eso la distinción entre el nivel sensible y el racional, en Platón llega a ser casi un ruptura, que Aristóteles pretende soldar en el plano constitucional: pero siempre se mantiene en el plano operativo. Lo

espiritual humano no tiene que ver con el trabajo.

Ese planteamiento, poco a poco, se ha modificado. El cambio más neto del planteamiento clásico es lo que se llama la revolución industrial. Sin embargo, este cambio alberga un desequilibrio.

El desequilibrio del capitalismo consiste en lo siguiente: ha cambiado el planteamiento anterior, porque, si no, el incremento de la actividad productiva es imposible. La exclusión de lo humano espiritual del campo económico, ya no es completa: no siendo ya la actividad económica una mera actividad material, llevada a cabo por esclavos, seres humanos imperfectos y no perfeccionables; siendo así que ha cambiado profundamente la situación, sin embargo la economía se concibe por gran parte de los agentes económicos como una actividad sin ninguna relevancia espiritual.

Hay un patente desequilibrio en el capitalismo; cuando estalle aparecen las contradicciones de que habla Daniel Bell. Ese desequilibrio se puede describir simplemente así: capitalizar, constituir capital es una actividad de índole espiritual. No se puede capitalizar sin un elevado *ethos*, sin una guía moral, hasta el punto de que la capitalización se hace sobre el modelo de la adquisición de virtudes. La capi-

talización es una forma de realimentación, un incremento del punto de partida, es decir, una teleologización, un crecimiento. La base de la economía progresiva, que es la capitalización, es afín a lo espiritual, y, sin embargo, su despliegue, es decir, el proceso económico productivo, no lo es. Desde aquí surgen dos tipos humanos: seres éticos, que son los capitalistas, y seres no éticos, que son los agentes económicos. Que no sean éticos quiere decir: externos a la ética, lo que no significa sino imposibilidad de perfeccionarse en su actividad. Claro es que esto puede dar lugar a una acusación, que es exclusivamente ideológica, producto de una indignación moral mal emplazada y mal formulada. La verdad es que en la sociedad industrial el trabajo es puramente reiterativo. La sociedad industrial, en la medida en que culmina en sus propios términos, desmoraliza a todos; porque busca la solución de su desequilibrio en el gran consumo; y el gran consumo es la consagración de la imperfección humana. ¿Qué es más imperfecto: trabajar en una cadena de producción o atiborrarse de trivialidades en el tiempo libre?. Igual da. De manera que hay un error de principio, salvo que se acepte una antropología materialista. La antropología griega no es materialista. Lo que pasa es que distingue lo material de lo espiritual y no los

una bien en el orden dinámico. pero una sociedad industrial distingue lo que en ella es realmente valioso, de lo que acontece en la gran cadena de la producción planificada al modo de Taylor, en la que cada uno hace lo que le toca hacer en su momento, pero no sabe nada del producto total porque se trata de actividades parciales y automáticas; y la prueba es que el hombre es reemplazable por el autómatas, con lo que se cumple la observación de Aristóteles según la cual si los telares funcionaran solos, no harían falta esclavos.

### Crisis de la sociedad industrial

Eso es la sociedad industrial dicho de una manera rápida. Insisto en el desequilibrio que le es propio. Ese desequilibrio ha dado lugar después a contradicciones, es decir, ha hecho que la cultura, que en esta situación es más radical que el trabajo, contenga una negación del trabajo y se desvincule de toda ética: una cultura del hombre masa que es una subcultura, una contracultura o una cultura de la inmediatez. Una cultura de la pura inmediatez, del "me gusta o no me gusta", es la degradación de la cultura. Se ha producido una ruptura verdaderamente notable. Resulta que la cultura se desentiende del trabajo. Por

otra parte, hay un problema de asignación de recursos que el sistema económico no puede resolver; se trata de conseguir una situación de bienestar generalizado que se ha de administrar desde una instancia distinta de la economía. Así parece el Estado del bienestar, y la política se disocia y entra en colisión con la racionalidad económica. La situación no puede ser más penosa, aunque como estamos todavía bastante instalados en ella nos parezca normal. En los apartados anteriores se contiene una rectificación de esta apariencia.

Me parece imposible extraer del funcionamiento de la sociedad industrial una antropología de altos vuelos. En cambio, la sociedad del conocimiento, entendida como sociedad en que los ingredientes humanos que forman parte del funcionamiento social son mejores, permite sostener que el ser humano no puede ser reducido a la situación de simple animalidad.

Esta es la gran oportunidad (los problemas son más bien oportunidades, como dicen los psicólogos). Comenzamos a estar en condiciones, no de cambiar al hombre -la esencia del hombre-, sino de cambiar el sentido humano de la economía, de acercarnos a un modelo económico cuya causa ejemplar, cuyo paradigma, sea el hombre mismo. Por otra parte,

sólo en la medida en que ello se logre está justificado conceder importancia a la economía. La economía no puede tener ningún prestigio, si es lo que los griegos decían, o está tan descompensada como en la sociedad industrial. Y la protesta marxista es inútil, porque el valor trabajo es un mero postulado, lo mismo que la equivalencia de teoría y praxis, si se relega lo espiritual a la condición de superestructura. El trabajo tiene valor si integra elementos humanos de máximo nivel, En otro caso, tiene más valor la máquina. Salvo que el hombre pueda con la máquina, esto es, salvo que la cantidad de humanidad que se ejerza al usarla sea más que la cantidad de humanidad que se ha empleado para hacerla, el trabajo no es más que la tecnología. Si no es más que la tecnología, sino menos, la idea del valor del trabajo no es la clave del progreso.

### La institucionalización social del saber

Digamos unas pocas palabras sobre el estatuto social del conocimiento. En tanto que el saber versa sobre temas, cabe comparar la enseñanza y la investigación con las actividades que los lectores de una biblioteca desarrollan.

Para poner de relieve el problema que ello plantea me serviré de un texto de Borges, que es bastante irónico. Es un texto que habla de una biblioteca en que se contiene todo el saber. Lo malo de esa biblioteca estriba en que es impracticable; la biblioteca existe pero no puede ser manejada, precisamente por ser infinita. Allí está todo, ¿pero el hombre puede conocerlo todo?. De manera que esa biblioteca plantea un problema de adecuación, porque al parecer no es una biblioteca hecha a escala humana. Si no estuviera hecha a escala de inteligencia individual, quizá pudiera arbitrarse algún procedimiento colectivo para medirse con esa biblioteca. Y esa es la organización social del conocimiento: si uno no puede, sólo mediante una comunidad de lectores la masa de conocimientos existentes puede ser asimilada por el ser humano. Ahora bien, si no puede ser abarcada por uno, tendrá que serlo en forma de división del trabajo intelectual. Lo que significa, a su vez, que es posible constituir, a partir de su estudio por segmentos, una síntesis, un *doble aprendido* de la biblioteca. Sin embargo, lo característico de la biblioteca es que, tal como se maneja, no nos da su propio criterio de organización, puesto que en ella los volúmenes aparecen acumulados de acuerdo con criterios extrínsecos, y no está garantizado, ni nadie es capaz de averi-

guarlo, si hay un sistema de saber que sea correlativo o responda bien a la organización en estantes en que la biblioteca se presenta al lector. Hay un cierto carácter acumulativo que no garantiza la organización o la estructura interna. Por esto la biblioteca total es Babel, es decir, caótica. No está garantizado que el saber obtenido de ella sea unitario, no sabemos su valor de sistema (usando la palabra "sistema" de una manera puramente indicativa), porque desde el punto de vista práctico somos incapaces de unificar el contenido objetivo de la biblioteca, ya que no la podemos manejar entera. Al recurrir a la organización social del saber se vuelve a plantear la misma cuestión. Nos encontramos ante una situación un poco extraña, de perplejidad. ¿Somos capaces de ser fieles a la estructura profunda de la biblioteca?. ¿Y qué estructura pondríamos si no la conocemos más que en parte o por partes?. Es el problema de las especializaciones. Sabemos cada vez más, pero cada vez más especializado y las tipificaciones que se intentan ocultan una disgregación que llega hasta la atomización. La misma taxonomía se hace prácticamente inútil, no proporciona un buen criterio de coordinación, sino que se limita a reflejar la dispersión.

Es claro que el paso a una sociedad del conocimiento es imposible si el problema de la división del saber no se afronta. Los saberes especializados son incapaces de encarar lo que suele llamarse la complejidad. Estamos en una época compleja en que todo depende de todo (complejidad significa interdependencia). Pero si lo complejo se enfoca desde las especializaciones, sólo se ve en partes, y ello comporta que se hace ingobernable. Es éste uno de los factores determinantes de nuestro presente, que cabe describir del siguiente modo: la confluencia de inspiraciones separadas, incomunicadas por las especializaciones, produce una conjunción dinámica no coordinada y da lugar a los llamados efectos perversos (contrarios a los intentados) y a resultantes nulas. De ello emana un temple psicológico inseguro y desalentado.

Si todo problema debe verse como una oportunidad, el que ahora consideramos desemboca en la tarea interdisciplinar. Sólo el conocimiento interdisciplinar permite que la esperanza de una sociedad del conocimiento sea una esperanza real, cierta, y no un proyecto que depare únicamente nuevas frustraciones.

El lema interdisciplinar es una modalidad de la complementariedad de competencia y cola-

boración a que aludía José María Basagoiti. No se trata de una propuesta vaga, o de una nueva ilusión. Trataré de mostrar su exacto sentido sentando la siguiente tesis: no cabe verdadero conocimiento teórico, ni tampoco práctico sin referencia. Tanto la teoría como la práctica *se anulan si incurren en autoreferencia*, es decir, si versan tautológicamente sobre lo *mismo* (sobre sí mismos). Ilustraré la tesis con algunos ejemplos. Ante todo, esto se comprueba, como ya he dicho, en el plano instrumental: un martillo remite al clavo, no a sí. Usar el martillo es *martillear* otra cosa. La heteroreferencia es constitutiva de lo que se llama *medio*. Un medio autoreferido no es un medio ni se conoce como tal. Las referencias entre los medios constituyen un plexo, una totalidad de relaciones.

Otro ejemplo: en la página 154 de la edición española de un curioso libro titulado *El vendedor al minuto* se dice: "Las personas no trabajan para nadie salvo *para sí mismas*". Esta sentencia puede entenderse de dos maneras: autoreferencialmente, la frase se destruye, puesto que significa la negación de la persona (que es sustituida por un mero *sí mismo*). Es una expresión de egoísmo. Pero la sentencia puede entenderse en sentido heteroreferencial: la persona trabaja para sí en tanto que

el trabajo la perfecciona. La persona es el fin de la acción que ejecuta, por cuanto que la acción la ennoblece. El trabajo es heteroreferencial en el orden de los medios, tanto porque su resultado ingresa en un plexo, como porque es un acto personal perfectivo del agente.

Lo mismo ha de decirse de los actos voluntarios. Desde luego, si el conocimiento fuera autoreferente, cerradamente reflexivo, la voluntad sería imposible, porque la voluntad va precedida por la inteligencia y los actos voluntarios apuntan constitutiva mente a lo otro. En el plano social tienen especial importancia los actos decisorios que referidos a otros son órdenes. En la sociedad industrial el conocimiento de los directivos versa directamente sobre la producción y en función de ella se ocupa de la organización del trabajo. Correlativamente, las decisiones de los directivos usan el conocimiento de que disponen en orden al ajuste de la producción con la información de mercado. Esto lleva consigo que el trabajador no participe de esta última información, y que ignore, por lo tanto, los motivos a que obedecen las decisiones de los directivos. La dificultad más aguda de este peculiar aislamiento consiste en que, tanto el trabajo como las decisiones en la dirección, funcionan en

tiempo real, lo que puede ser afectado por el aislamiento aludido. Una de las oportunidades que la sociedad del conocimiento ofrece a las empresas es la desaparición de esta anomalía. Trabajar con el conocimiento aproxima las decisiones de los agentes económicos al plano directivo.

### NOTA BIOGRAFICA

Leonardo Polo Barrena es licenciado en Derecho y doctor en Filosofía, catedrático de Historia de la Filosofía y director del departamento de Historia de la Filosofía de la Universidad de Navarra. Entre sus publica-

ciones recientes se puede destacar el *Curso de Teoría del Conocimiento*.

Es también miembro del Comité Directivo del Seminario Permanente "Empresa y Humanismo", y un filósofo preocupado desde hace años por temas de Economía y Organización, a los que ha dedicado algunas publicaciones, entre ellas, el *Cuaderno* número 2 de esta serie.

El presente *Cuaderno* reúne los textos de dos conferencias, una pronunciada en el Curso Electivo sobre *Factores humanos de la Empresa*, y otra en la II Reunión Internacional del Seminario Permanente "Empresa y Humanismo".

1. El sentido global de la cuestión puede verse en C. Owen Lovejoy: *The Origin of Man*. Revista Science 211, pp. 341-3 50. Richard Passingham ha desarrollado investigaciones de campo entre los monos desde esta idea.

2. El cuidado de la prole es escaso. El éxito de la especie se confía estadísticamente al número de embriones.

3. Predomina el cuidado de la prole. Los etólogos la llaman *nidificación*.

4. Esta teoría de los espacios económicos es discutible. Una nueva formulación acorde con la telemática es relevante para el futuro de la península ibérica; quizá también para América del sur.

5. Algunas observaciones sobre estas preguntas están formuladas en el apartado anterior.